

El patrimonio cultural industrial: un lugar de encuentro

Industrial heritage: a meeting point

Antonio Muñoz Carrión
Profesor de sociología
Universidad Complutense de Madrid
antonio@art.ucm.es

Resumen

Un interés renovado ha ido surgiendo desde finales del siglo XX entre los demandantes de cultura de las sociedades desarrolladas: comprender algunos de los eslabones de la cadena que nos ha conducido a los niveles de calidad de vida que hemos alcanzado, especialmente aquellos en los que están implicadas directamente las diferentes tecnologías. Cada vez existe mayor interés por aprender a reconocer cómo han surgido esas tecnologías, comprender el papel que han desempeñado en la configuración de nuestro entorno social en momentos anteriores, cuando eran más simples y recientemente descubrir el grado de dependencia que les tributamos.

Palabras clave: Patrimonio industrial, espacio industrial, cultura industrial.

Muñoz, A. 2012: El patrimonio cultural industrial: un lugar de encuentro. *ArDIn. Arte, Diseño e Ingeniería*, 1, 43-53

Abstract

A renewed interest has been growing from the end of the XX's century within the culture's petitioners in the developed society: understand about some of the links of the chain that has brought us to the quality of life that we have reached, especially those who are involved directly in different technologies. There's a higher interest to learn how those technologies have rose, to understand the role that they have played in the configuration of our social environment, time ago, when they were simpler, and lately, to find the dependence degree that we profess to them.

Key words: Industrial heritage, industrial space, industrial culture.

Muñoz, A. 2012: Industrial heritage: a meeting point. *ArDIn. Arte, Diseño e Ingeniería*, 1, 43-53

Sumario: 1. La irrupción de la cultura industrial en nuestras vidas, 2. Avatares del patrimonio industrial, 3. La ingeniería industrial y su papel ante el patrimonio industrial, 4. Los términos del patrimonio industrial según el Plan Nacional (I.P.C.E), Referencias.

Un interés renovado ha ido surgiendo desde finales del siglo XX entre los demandantes de cultura de las sociedades desarrolladas: comprender algunos de los eslabones de la cadena que nos ha conducido a los niveles de calidad de vida que hemos alcanzado, especialmente aquellos en los que están implicadas directamente las diferentes tecnologías. Cada vez existe mayor interés por aprender a reconocer cómo han surgido esas tecnologías, comprender el papel que han desempeñado en la configuración de nuestro entorno social en momentos anteriores, cuando eran más simples y recientemente descubrir el grado de dependencia que les tributamos. La palabra “tecnología” aparece asociada siempre a lo moderno y es usada comúnmente de manera abstracta y sin un referente particular, connotando “lo último”, “lo eficaz”, “lo más avanzado”; sin embargo, quizás a causa de la hegemonía que en el campo de los valores y de las prioridades ha cobrado la idea de *sostenibilidad*, las sociedades se han vuelto más interesadas que nunca acerca de cómo se ha ido resolviendo a lo largo de la historia el equilibrio sociedad-naturaleza, que ha acabado siendo uno de los indicadores más importantes a de la calidad de vida de cada sociedad. En un momento en el que se priman cada vez más los valores post-materialistas que los tradicionalmente materialistas, se necesita entender el papel que la tecnología ha jugado hasta ahora, los costos de la misma, probablemente para proyectarla sobre proyectos vitales renovados de una forma equilibrada, por ejemplo en las nuevas maneras de construcción, de comunicación, de desplazamiento, etc. La sociedad quiere comprender más de lo que hasta ahora ha conseguido acerca del proceso de adaptación de los grupos humanos a sus respectivos nichos naturales. El papel que ha jugado la tecnología en este proceso tiene muchas contestaciones al respecto, tanto en lo referente a sus buenas prácticas como a las malas. A mi entender, es este el origen de la repentina curiosidad e interés por acceder a los secretos que rodean siempre el surgimiento y desarrollo del universo industrial y cómo, en un mundo que se pretende sostenible, su expansión a todos los ángulos de la vida y en todos los momentos de la misma debe ser asumido conscientemente, como un acto racional y no abrazado como si se tratara de una religión. El interés colectivo a propósito de los mecanismos físicos y de las estructuras organizacionales usados en la intervención en la Naturaleza para la adaptación a la misma se expresa en las últimas décadas en la aparición dentro de la escena cultural de multiplicidad de museos, parques, centros de interpretación, etc., que han surgido y que siguen proyectándose, consagrados a la ciencia, a la tecnología, a la industria o a la energía. Los museos consagrados a estos temas son los más visitados en la actualidad.

Existe una percepción incompleta entre los españoles del procedimiento por el que se ha pasado de un estilo de vida en el que apenas existían dispositivos tecnológicos complejos, al universo en el que nos encontramos hoy. No parece raro que la generación que ha nacido y vivido a partir de los años sesenta del siglo pasado esté afectada en su forma de ver el mundo por la rapidez de los cambios tecnológicos y por el corto ciclo de relevo al que se ha sometido la vida de cada tecnología particular e incluso la de ciertos objetos tecnológicos concretos.

Hemos dejado de ser un país pretecnológico y agrícola desde la década de los sesenta del siglo pasado, en un proceso que sí ha sido descrito exhaustivamente y documentado por economistas, antropólogos e historiadores. Sin embargo, las

transformaciones en otros ámbitos de la vida como el proceso de modernización en el sector industrial, no ha sufrido una transformación tan drástica, como la que caracterizó a la agricultura en aquella época. Por el contrario, ha sido progresiva en su crecimiento hacia la complejidad, en una progresión geométrica y relacionada con el grado de apertura a nuevas tecnologías y recientemente a las redes. Por tanto, algunos sectores de producción de riqueza, como la agricultura en particular, dan la sensación de que cesaron en un proceder arcaico y se revolucionaron repentinamente. Y otros, como el universo industrial, nos muestran, sobre todo hace medio siglo, su transformación en forma progresiva, con meras fluctuaciones, exceptuando el giro que ha supuesto hace algo más de dos décadas la generalización de la informática. Incluso llama la atención, por ejemplo, los cambios referentes al número de individuos relacionados directamente con estos procesos, me refiero a los que han vivido implicados directamente en estos sectores. En España, mientras en 1900 un 66,3% de la población se dedicaba a la agricultura y en el 2000, un siglo después, sólo lo hacía el 6,6%, de la industria vivía en 1900 un 16,8% y en 2000 un 32,2% (Tezanos 208-358). Al no haberse producido un abandono drástico de los sistemas industriales, como sucedió en el sector primario, sino un relevo de las herramientas industriales progresivo y una población laboral ascendente, en éste último ámbito no ha existido en ningún momento una percepción social de abandono, de cambio radical o de ruptura entre dos etapas de la historia, como vemos en el ámbito agrícola. En resumen: la brusquedad con la que se produjo la modernización en el campo, que cambió en una década el arado romano por la mecanización de casi todas las tareas agrícolas, no ha caracterizado el tipo de cambio propio del ámbito industrial. Así, existe la percepción generalizada de que el universo industrial, nos acompaña todo el tiempo; de que está presente siempre, en proceso de transformación progresiva y por tanto, no ha surgido en ningún momento una sensibilidad imperiosa que demandase su protección motivada por peligro de extinción. Es decir, no se ha percibido de forma clara que dicho patrimonio industrial estaba perdiéndose silenciosamente a causa de un tipo peculiar de relevo caracterizado por ser progresivo. Sin embargo, tan dañino puede ser un relevo drástico como el sufrido en el ámbito de las técnicas agrícolas como un relevo progresivo, como el que afecta a las infraestructuras industriales y sus elementos. Existen dos situaciones típicas que se han dado en esta transformación: la primera es el abandono tardío de multitud de procesos industriales que han sido sustituidos demasiado tarde, en relación con otras sociedades europeas, causa por la que quedan todavía escenarios supervivientes representativos del primer desarrollo industrial en estado de abandono y sin plan alguno de rehabilitación muchos de ellos. Es habitual que algunos conjuntos industriales se encuentren aún en buen estado y en ocasiones, dentro de las mismas, todavía en su lugar originario, que exista maquinaria original y todo tipo de utillaje industrial. Piezas, artefactos y mecanismos se han acabado convirtiendo para el hombre de la calle en enigmas que deberían dar cuenta de modelos de funcionamiento mecánico cada vez más ocultados por la manera de mirar propia de nuestra época que, como señala Ezio Manzini en *Artefactos*, sólo se deja seducir por meras superficies más que por mecanismos complejos.

Los dispositivos citados son expresiones culturales, en parte, por la asociación existente entre los mecanismos técnicos y los usos industriales concretos, al-

gunos ya extintos. En relación a estos últimos surge siempre un elemento descuidado en las investigaciones que es el conocimiento excedente producido por los propios trabajadores *motu proprio* y el repertorio de interacciones informales que pueden llegar a eludir la organización oficial generando una “autogestión clandestina” del trabajo en términos de Gustave-Nicolas Fischer (“*Espace industriel et liberté*”), a partir de astucias usadas para optimizar el rendimiento en los procesos industriales al margen del diseño racional de planificación científica de las labores.

1. La irrupción de la cultura industrial en nuestras vidas

El concepto de cultura se refiere aquí, en el plano más genérico, al acervo necesario para transformar la riqueza propia de la naturaleza y promover la supervivencia y la progresiva calidad de vida de una sociedad.

En la actualidad, paralelamente al deterioro progresivo de las instalaciones industriales y su sustitución por otros escenarios diversos, está surgiendo cada día, a nivel internacional y nacional, mayor preocupación por la conservación y salvaguarda de lo que se ha consensuado en denominar patrimonio cultural industrial, en cuanto que supone una relación entre la dimensión material, la organización social afectada y la creatividad producida por las sociedades tecno-industriales surgidas aproximadamente a partir de la mitad del siglo XVIII, que se han configurado como tales en relación con sus artefactos, sus fuentes de energía o sus espacios de producción industrial. En países del norte, como por ejemplo Inglaterra, llevan ya más de medio siglo rehabilitando edificios, documentando y protegiendo su extenso y heterogéneo patrimonio industrial. Sin embargo, en España la relación con este tipo de patrimonio es diferente. Desde el punto de vista de la población, la sobrevaloración de cualquier forma de modernización llevada a cabo, ya entrada la segunda mitad del siglo XX, ha tenido como consecuencia el rechazo, a veces no del todo consciente, por parte de algunos grupos locales hacia los procesos industriales anteriores, por estar connotados de arcaísmo y valorados negativamente en el ámbito de las mentalidades. También se ha rehuido en muchas ocasiones de manifestar explícitamente ante toda la sociedad la verdadera cara de las formas originarias de organización del trabajo industrial, caracterizadas todavía a mediados de siglo por su proteccionismo, paternalismo y clientelismo, aceptable en aquellos años de carencia, pero vividos subjetivamente como una relación insufrible con el paso de las décadas, especialmente al final del franquismo y con la llegada de la Democracia.

Por otra parte, no existe una valoración consensuada y difundida entre los grandes públicos acerca de las tecnologías primigenias más elementales; la evaluación de los mecanismos industriales siempre está sujeta a criterios de eficiencia o de rentabilidad que son establecidos con criterios científicos, políticos y económicos en cada etapa, lo cual los ha sumido en el abandono repentino a partir del momento en que España comenzó a abrirse al exterior, modernizándose poco a poco en los ámbitos industriales, especialmente a partir de la década de los sesenta del siglo pasado.

En España, en vez de construir e introducir las novedades articulándolas y vinculándolas con todo aquello que las precedía cada vez que fuera posible, ha sido más frecuente comenzar desde un punto cero en muchas de las intervenciones llevadas a cabo sobre los marcos industriales y también en la rehabilitación de las instalaciones. “Esto se tira y se hace todo nuevo” es una frase que caracteriza el imaginario colectivo ante el problema creativo más que técnico de engranar un cambio sin romper totalmente la secuencia de transformaciones generales de un determinado proceso. Por ejemplo, se puede constatar que en multitud de poblaciones se ha demandado de forma generalizada durante décadas que alguna institución se hiciera cargo de eliminar del paisaje las antiguas fábricas en desuso, almacenes, talleres, depósitos, vías de comunicación industrial, centrales térmicas desfasadas en sus tecnologías o restos industriales de épocas anteriores, al ser estas percibidas como enclaves de explotación y de alienación, yo diría como “anti-íconos” de la ciudad concreta a la que sirvieron; sobre todo al ser mirados desde la perspectiva de individuos que viven en una sociedad moderna que llegó a convertirse hace tres años nada menos que la octava economía del mundo. Da la sensación que semejante posición en el mundo del progreso incita a borrar las señas originarias de identidad vigentes hasta hace muy poco tiempo. Las administraciones locales, responsables por regla general de estas edificaciones y recintos industriales abandonados, si es que no están todavía en manos privadas esperando alguna posibilidad especulativa, tampoco han sido siempre sensibles al papel que debían ocupar los citados elementos e instalaciones en el urbanismo, o cómo se podían integrar, ni del uso que se les podía asignar como prestigiosas muestras del patrimonio cultural industrial de un momento reciente, causa por la que se han acabado convirtiendo en ruinas muchas de ellas. Existe todavía una enorme cantidad de recursos industriales en desuso, entre otras razones por la descoordinación entre las distintas administraciones que deberían tutelarlos y promocionarlos y que sólo recientemente han comenzado a ser conscientes de la enorme riqueza cultural que poseen en su territorio y en su historia.

2. Avatares del patrimonio industrial

Los grupos locales dominantes y la población está en la actualidad sensibilizándose al valor de este tipo de patrimonio, el industrial, pero conviene apresurarse a la hora de su planificar y poner en marcha su salvaguarda. No debe sorprender al lector que con frecuencia, determinados instrumentos tecnológicos se hayan oxidado, perdido o vendido a coleccionistas o incluso a chatarreros. Muchos archivos de empresa hayan llegado a desaparecer en multitud de ocasiones, a veces sin otra intención que malvenderlos como papel para reciclar. Y a la documentación técnica en particular no se le haya dado una importancia historiográfica, entre otras cosas porque cuando alguien se ha preocupado de ella no se ha sabido comprender e interpretar en todo su alcance. Esta situación ha derivado en lagunas en los procesos documentales y en la información correspondiente a muchos procesos industriales.

Constituye un gran error no haber conservado dicha información básica sobre el desarrollo y eficacia de determinados procesos industriales por el mero hecho de

que en cada etapa posterior a su funcionamiento, en la que se debe de llevar a cabo esta tarea de documentación, dichos procesos suelen considerarse desfasados y sin interés; y también, porque ha habido pocos profesionales interesados que estuvieran capacitados para comprenderlos como piezas de un gran sistema. La complejidad del patrimonio industrial, especialmente a partir de la introducción del motor eléctrico, exige la participación de ingenieros, entre los profesionales dedicados al establecimiento de los discursos museológicos y de los museográficos exigidos en la actualidad.

Ciertamente, en ocasiones sí se han producido rescates de artefactos concretos, considerados representativos y transcendentales en un proceso industrial determinado o por su carácter singular y vistoso. Sin embargo, fuera de su contexto y considerados al margen de su significado como componentes de un sistema más amplio, dichos elementos industriales han perdido buena parte de su interés. Es un error descontextualizar y rescatar un elemento para conservarlo, solamente como una pieza aislada de su entorno, en un museo de ciencia o de tecnología. Simplemente, este proceder no se entenderá por los grandes públicos y su significado no pasará de gozar de un énfasis meramente estético o nostálgico. Desde estas líneas reclamo la participación de ingenieros expertos en las técnicas industriales en desuso para documentar, clasificar, proteger, restaurar y salvaguardar, en general, el patrimonio industrial. En algunos casos en que las instalaciones industriales más antiguas se han reformado y adaptado a las tecnologías más recientes, no ha habido un plan de rescate de la maquinaria ni de los espacios originarios; ni siquiera se ha documentado este material antes de ser modificado, desplazado de sitio o reemplazado por equipamiento más moderno.

Por otra parte, los expertos en las tecnologías más arcaicas deben trabajar en equipo con historiadores de la técnica, con antropólogos, con economistas y con sociólogos del trabajo a la hora de registrar e interpretar la memoria oral, a través de las voces todavía vivas, que refieren con detalle los procesos laborales concretos: ¿qué sucedía en la fábrica?, ¿cómo se organizaban los turnos?, ¿cómo se optimizaban los procesos de producción?, ¿qué formas de organización añadían los equipos de trabajadores sobre el diseño originario de los distintos artefactos y sobre la organización del trabajo?, ¿Qué imágenes se han salvado de la vida fabril y cómo hay que interpretarlas?. Carecemos de estos testimonios que suponen la aportación creativa que los trabajadores siempre integran subrepticamente en el marco de la racionalidad con que han sido diseñados los procesos de trabajo industrial. Desgraciadamente los trabajos de campo sobre la cultura del trabajo se centran en las formas de organización laboral pero no incluyen la información concreta acerca de intervenciones tecnológicas desarrolladas posteriormente al diseño inicial de los complejos industriales. También es necesario relacionar los procesos tecnológicos con las diversas implicaciones socioeconómicas que tienen para las empresas que los usaron en algún momento de su historia, así como el impacto correspondiente generado en la calidad de vida de las regiones que lo acogieron. En un mundo como el actual, en donde existe una primacía de la cultura de la imagen y de lo estético, no se debería ignorar tampoco cómo algunas tecnologías han cambiado el paisaje a partir de la implantación de elementos industriales, a veces de forma espectacular, como sucedió, por ejemplo tras los trabajos de tendido de lí-

neas telefónicas en España en la segunda mitad de los años veinte. De pronto, a partir de ese preciso momento el paisaje tendría para siempre, como acompañante, un componente suprapaisajístico y común en todas las latitudes: la gama más diversa de postes y luego de torres sujetando una ordenada maraña de cables.

3. La ingeniería industrial y su papel ante el patrimonio industrial.

En los archivos de empresa suele aparecer documentación técnica de naturaleza industrial, arquitectónica, mercantil, organizacional, laboral, visual, etc. Estos archivos son básicos para comprender el fenómeno industrial como un todo. Los historiadores de la técnica y los sociólogos del trabajo son los que más información han recogido; datos, con frecuencia muy técnicos, acerca de procesos complejos y heterogéneos. Sin embargo, estas páginas quieren reclamar al experto en mecanismos industriales, es decir, al ingeniero, su participación en estas colectas de datos, así como en la producción de discursos específicamente tecnológicos acerca de este tipo de patrimonio cultural, resaltando el significado de los diferentes tipos de diseño existentes en los componentes industriales, la eficiencia de los mismos y el funcionamiento en general de todos los componentes implicados, de cara a objetivar la descripción de procesos industriales complejos que suelen quedar ambiguos ante el gran público cuando son tratados por investigadores no especializados en este ámbito. Un objetivo ideal es que los públicos interesados pudieran llegar a distinguir un tipo de construcción de otra de la misma familia, por su origen, destino y función, como lo pueden hacer con dos iglesias pertenecientes a dos estilos arquitectónicos diferentes.

El ámbito de la ingeniería industrial es el observatorio desde donde se pueden entender determinadas elecciones y estrategias de producción que pudieron tener una enorme incidencia en la organización laboral y en la vida cotidiana de los colectivos de personas que han trabajado al servicio de la industria. La cultura industrial es el universo material de instrumentos tecnológicos tras el que late un conjunto de saberes científicos, pero también incluye las diferentes estrategias organizacionales relacionadas con criterios políticos y ese conjunto genera las experiencias vitales de los trabajadores asociadas a cada proceso laboral. Esas experiencias no son sólo resultado de un diseño racional orientado a la optimización de las mismas y a la máxima eficiencia, al equilibrio y al incremento de productividad, sino más bien un indicio sutil que se debería identificar como una marca o residuo en los diferentes mecanismos e instrumentos mecánicos a partir de las huellas que todavía siguen presentes y que sólo un ingeniero industrial puede identificar. En el fondo y forma de estas huellas, como si de un modelo hologramático se tratara, están presentes aquellos lugares y procedimientos industriales como constituyentes de estas huellas.

Mientras las dinámicas mercantiles de las empresas pueden ser investigadas desde las ciencias sociales, los elementos materiales, los recursos de todo tipo, las fuentes y las transformaciones de la energía, las vías de comunicación y de distribución, las opciones mecánicas más sutiles, etc., están asociadas entre sí sistemáticamente mediante interdependencias que deben ser identificadas, descritas e interpretadas técnicamente por expertos con un profundo conocimiento del diseño

original de los diferentes mecanismos. La tarea de investigación de la cultura industrial exige, por lo tanto, equipos interdisciplinarios que sean capaces de crear lenguajes comunes y de plantear un modelo de descripción y análisis del fenómeno que no escinda, como viene siendo habitual, la dimensión material de la inmaterial; que no trace un muro entre el utillaje tecnológico y los usos y formas de organización sociolaboral que requiere para su funcionamiento óptimo. Puede argüirse que la compartimentación disciplinar orientada al conocimiento y a la transmisión del mismo se produce en instituciones diferentes, e incluso alejadas entre sí; de hecho, poca relación se aprecia entre las escuelas de ingenieros y las facultades en donde se forman los sociólogos o los historiadores de la técnica. Sin embargo, el fenómeno de la cultura industrial sólo puede ser comprendido mediante modelos que incluyan, a la par, las dimensiones materiales de la misma y los significados, imágenes mentales, valores, sensibilidades, estilos de vida, etc. La parte material de toda innovación está determinada y determina, al mismo tiempo, a todas las dimensiones culturales, denominadas inmateriales o intangibles. Separar a los expertos que tratan a las primeras de aquellos otros que estudian las segundas siempre ha llevado a una parcelación de un objeto de análisis que no debió segmentarse por simples hábitos corporativos.

En el plano de la recuperación, documentación, interpretación, restauración, protección, salvaguarda y difusión de la cultura industrial, esta vinculación entre las dimensiones materiales y las inmateriales es todavía más necesaria. Una turbina de una central térmica pierde todos los significados que no sean específicamente técnicos para el gran público interesado si no se la contextualiza, en un ámbito industrial, en su propia central si es posible; y si no se destacan todos los significados latentes que oculta para aquel grupo social que se vio afectado por su funcionamiento en un periodo de su vida, pormenorizando, incluso, los significados cotidianos que la electricidad producida han tenido para la gente corriente. Un determinado dispositivo industrial puede ser concebido como un texto que habla del progreso de una sociedad, de su capacidad de modernización, de su calidad de vida, de su organización interna y hasta de sus posibilidades de ocio, disfrute y autorrealización. También puede expresar la proximidad o la distancia entre lo local y lo global; es decir, cómo un determinado lugar se abre y se proyecta en el universo regional, nacional o global, gracias a su nivel de innovación en el plano del utillaje industrial y de las redes establecidas.

El patrimonio industrial y la cultura asociada al mismo pueden delimitar fronteras muy diferentes a las geográficas y nacionales entre los distintos grupos sociales. Por ejemplo, ciertas culturas mineras muy alejadas entre sí geográficamente pueden estar, sin embargo, muy próximas cognitivamente y emocionalmente a causa de los usos tecno-industriales y de las formas de organización social requeridas por estos y a causa también de las condiciones de trabajo en relación a dispositivos industriales similares. Por ejemplo, las culturas mineras están siempre muy próximas entre sí aunque se encuentren distantes geográficamente. Se echa de menos un atlas de áreas específicas de culturas industriales en España y dicho trabajo sólo puede partir de un concepto sobre el fenómeno industrial que habrá de ser definido y clasificado a partir del conocimiento exhaustivo de su complejidad. Esta tarea está reservada a aquellos que conozcan exactamente todo lo que puede su-

poner cada pequeña innovación, por insignificante que parezca, respecto al estado anterior. Y lo que dicha innovación en el plano de la tecnología supone al mundo cognitivo.

4. Los términos del patrimonio industrial según el Plan Nacional (I.P.C.E).

En la actualidad, las políticas culturales de los países desarrollados han incluido como componente fundamental el hecho industrial y la cultura correspondiente asociada. Es imposible separar la dimensión tecnológica de las formas de afectación de la misma sobre los usos y prácticas sociales en cada época. Dicha relación determina las maneras de mirar ambos procesos, como interdependientes. Quienes diseñan son los ingenieros industriales, pero a quienes sirven estos diseños es a las sociedades sobre las que repercuten los artefactos producidos y utilizados.

En el Plan Nacional del Patrimonio Industrial (marzo de 2011) se considera: “El patrimonio industrial, **incluyendo en él sus bases científicas, sus procedimientos y técnicas**, los conflictos sociales y medioambientales, sus contenidos simbólicos y sus extraordinarios paisajes, emergen como un yacimiento de recursos culturales dotado de enorme potencia y visibilidad, para actuar como un eje estructurante de acciones de investigación, creación, difusión y dinamización económica [...]. El patrimonio de la industrialización, con elementos frágiles y vulnerables, y en ocasiones **incomprendidos**, debe ser considerado como un nuevo bien cultural representado e interpretado a través de una **lectura actualizada, integrada y científica**”.

Para que en lo sucesivo podamos referirlos a los componentes de la cultura industrial con la terminología al uso presentamos a continuación los conceptos básicos del Patrimonio Industrial tal y como se encuentran en la actualidad consensuados y plasmados en el Plan Nacional de Protección del Patrimonio Cultural Industrial:

Bien Industrial es cada uno de los elementos o conjuntos que componen el Patrimonio Industrial, pudiéndose distinguir entre bienes inmuebles, muebles e inmateriales.

Entre los **bienes inmuebles** se pueden diferenciar cuatro tipos:

Elementos industriales: Son considerados por su naturaleza o por la desaparición del resto de sus componentes, siendo por su valor histórico, arquitectónico, tecnológico, etc., testimonio suficiente de una actividad industrial a la que ejemplifican.

Conjuntos industriales son las unidades superiores en las que se conservan los componentes materiales y funcionales, así como su articulación; es decir, constituyen una muestra coherente y representativa de una determinada actividad industrial, como es, por ejemplo, una factoría.

Los paisajes industriales, se caracterizan por su carácter evolutivo y en ellos se conservan en el territorio las componentes esenciales de los procesos de producción de una o varias actividades industriales, constituyendo un escenario privilegiado para la observación de las transformaciones y los usos que las sociedades han hecho de sus recursos.

Los sistemas y redes industriales para el transporte del agua, energía, mercancías, viajeros, comunicaciones, etc., constituyen, por su articulación compleja y sus valores patrimoniales, un testimonio material de la ordenación territorial, de la movilidad de personas, ideas o mercancías o del arte de construir la obra pública del periodo contemporáneo.

Entre los **bienes muebles** se pueden diferenciar cuatro tipos:

Artefactos, compuestos por mecanismos destinados a la obtención, transformación y conducción de sustancias, a la producción de energía o al transporte y a la comunicación.

Utilajes, herramientas necesarias para el desempeño de los procedimientos técnicos asociados a las actividades económicas.

Mobiliario y accesorios del entorno social del trabajo. Se incluyen también los bienes de equipamiento mueble de los espacios de residencia, gestión, asistencial o de ocio relacionados con los establecimientos industriales, vestimentas...

Archivos, están compuestos por los documentos escritos o iconográficos generados por las actividades económicas y las relaciones industriales. Se incluyen en este apartado los fondos bibliográficos relacionados con la cultura del trabajo. El registro de las fuentes orales y visuales se considera prioritario debido su fragilidad y peligro de desaparición.

Entre los **bienes inmateriales** se encuentran:

Entidades de memoria de industria, aquellos testimonios, instituciones o colecciones unitarias que por su relevancia suponen parte integral de la memoria histórica asociada a un sistema de trabajo, disciplina científica o actividad investigadora relacionada con la cultura del trabajo.

Esta categorización es la consensuada en el Plan Nacional de Patrimonio Industrial (llevado por el IPCE) y sería deseable usar sus conceptos a la hora de diseñar equipos de trabajo integrados por diferentes tipos de profesional con jergas propias cada uno de ellos. Un buen punto de partida se encuentra en el hecho de compartir la terminología con la que se va a abordar el objeto, especialmente para aquellos que se animen a formar equipos de investigación y de intervención multidisciplinarios. De lo que se trataría es de establecer las medidas de salvaguarda adecuadas o al menos inventariar y documentar todo nuestro patrimonio industrial, recuperando una memoria de saberes y de creaciones que creemos puede llegar a

ser, en muchos casos, patrimonio universal de la Humanidad. El Plan Nacional tiene ahora unos meses de vida y se debe comenzar aplicar en todo el territorio, especialmente en el industrial, teniendo en cuenta las consideraciones citadas en este artículo. Los expertos en historia de la técnica y de los procesos industriales deben comenzar a trabajar antes de que sea demasiado tarde.

Referencias

Fischer, G. N. (1980): *Espace industriel et liberté*. París. P.U.F.

Manzini, E. (1992): *Artefactos. Hacia una nueva ecología del ambiente artificial*. Madrid. Celeste Ediciones.

Mumford, L. (1998): *Técnica y civilización*. Madrid. Alianza.

Tezanos, J. F. (2008): “Desigualdades y estratificación social en España”, en *La Sociedad*. Madrid. Biblioteca Nueva.